



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Teodoro Camino, 19-Entlo. 02002 Albacete. Tlf. 967 21 93 11 y 967 21 93 50. Administración: 967 21 00 00. FAX: 967 21 07 81. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/. Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Eliche. Tlf. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad', 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.la-verdad.com. Difusión controlada por C.J.D. Depósito legal: MU-3-1958

## TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



**I**  
**■ Hoy, precisamente hoy**, el almanaque levanta el telón de agosto, así dando paso a la apoteosis del verano.

Premio para el caballero que, soñando un día con la llegada de agosto, mes elegido para su vacación personal, a las tres de la tarde, pisando el reblandecido asfalto, se decide a cruzar la calle para recitarnos a los amigos aquellos versos exaltadores de la estación más caliente del año, por Gregorio Morillo firmados allá por los finales del siglo XVI: «...La fuerza del estío es tanta/que al aire enciende y a la mar agota,/y a la tierra la raja y la quebranta...». Pues, bueno, aunque parezca mentira, sobre este paisaje, ahora humeante, en el que se achicharra la chicharra y no es juego de palabras, nevó un día.

A favor de las sofocadas criaturas, termine nuestra veraniega reflexión: tiempo llegará en que agosto pase a ser sólo memoria.



**II**  
**■ «Entre geranio y clavel**,/tu repita con la mía/bailando sobre el cordel». Lo cantaba ConchaPiquer echando mano a la estética de la ropa tendida, tentación de muchos pinceles, de muchas plumas, tema que atrajo a la de Claudio Rodríguez, Premio Príncipe de Asturias de las Letras, muerto hace unos días. *A mi ropa tendida*, se titula el hermoso poema firmado por el poeta, el cual solicitaba, frente a las jabonaduras y los blancos por su ropa alcanzados: «¡No tenderla en el patio: ahí en la cima,/ropa pisada por el sol y el gallo,/por el rey siempre!». Tendida ropa personal, al sol de su verso centelleante.

### III

**■ Al amparo** de la virtud del ahorro mal entendido, el jubilado desdentado le dice a la jubilada desdentada, su santa esposa:

—...Y cuando seamos mayores del todo, encargaremos una única dentadura postiza que nos sirva a los dos.

### IV

**■ Lo de la hibernación** del cuerpo humano, en espera de una terapéutica salvadora, presenta alguno que otro inconveniente capital, valga como ejemplo lo ocurrido a aquel pariente nuestro, granadino por más señas, que tras muchos años de hibernación, volvió a la vida preguntando por la parada de los tranvías de mulas y por el horario de la ejecución de Mariana Pineda.

### V

**■ Impagables los adelantos** de la medicina actual, ciertamente. Ahora bien, para doctores comprensivos y de veras amables aquellos médicos de la vieja escuela, médicos de cabecera que sobre no atosigar al enfermo con el tema del colesterol, los triglicéridos, la glucosa basal y hasta la conveniencia de un escaner, le contaban al paciente el último chiste baturo, le recomendaban el buen restaurante, inaugurado recientemente; le proporcionaban la marca de unos buenos habanos y encima, llegado el caso, le facilitaban la dirección de la suripanta Genoveva, alias *la Jazmines*.

### VI

**■ Los hay distraídos**, como aquel conocido nuestro que, inocentemente por supuesto, dejó encerrada a su cañada Enriqueta en el frigorífico, el grande, a la máxima temperatura funcionando. Lo dicho: los hay descuidados. Es lo que nuestra abuela llamaba «no estar en lo que es».

### VII

*El minicuento semanal*  
**TIA ARACELI**

**■ La recuerdo** contemplada desde mi entancia de niño de pueblo, con dominos de cine, cartuchos de garbanzos tos-

tados -torraos-, y un tiovivo de caballos, focas y elefantes pintados de colorines, con cenefa de bombillas festoneando su cúpula de lona. Tía Araceli, con su boca en forma de corazón y su falso lunar en la mejilla izquierda, era la encargada de abrirme camino, de su mano, por los múltiples senderos de mi niñez.

Ya conectado yo a la compañía de algunos amigos, compañeros en la escuela de don Anselmo, descubría muchas veces a tía Araceli, en compañía de don Carlos, el joven notario, con su aire de galán cinematográfico, aquel que al final de la película acaba casándose con la señorita rubia. Tía Araceli, por lo visto, debió llegar tarde al corazón del notario. La recuerdo llorando a buen llorar, encerrada en su habitación. Para mí será muy difícil olvidar el cuarto de tía Araceli, su olor de suelos recién lavados, su aroma de *Maderas de Oriente*, mantillas, misales, costureros, flores contrahechas, por ella misma confeccionadas; libritos de poesía, fotografías personales, en una de ellas, paseando por la Glorieta, junto



a don Carlos, el notario... Siempre había algo que descubrir en aquel cuarto, poco menos que milagroso, de tía Araceli, luego sustituido por una vulgar leonera, cuando ella vino a matrimoniar con un señor grueso, calvo y viudo, pariente de nuestra familia por parte de madre, el cual poseía un acreditado establecimiento de ultramarinos en la capital. Allí se fue tía Araceli, dejando un cuarto vacío en nuestra casa y un triste hueco en mi niñez. En la escuela torpón vine a salir, la verdad por delante, llegando sólo a la raíz cuadrada y la regla de tres simple. No comprendo, pues, aquella insistencia de mi familia en hacerme bachiller. Una vez aprobado el examen de *ingreso*, pasé a la capital, con tía Araceli y su esposo, precisamente con domicilio cercano al Instituto de Segunda Enseñanza.

Tía Araceli ya no era la misma, aquella señorita esbelta y un tanto acicalada de más que paseaba por la glorieta del

pueblo. Había engordado y un para mí desconocido gesto como de tristeza y preocupación, así como de haber perdido algo que jamás podría ya encontrar, le sobrenadaba a menudo en su atractivo rostro. Siendo toda la casa de tía Araceli, tampoco había *cuarto de tía Araceli*. Comprendí entonces que en la vida existen cosas que sin llegar a morir del todo se van perdiendo poco a poco, para siempre.

### VIII



**■ Mar menor.** Mar de bolsillo.

### IX

**■ Ni paisaje marino**, ni playa de fina arena con atractiva sombrilla a rayas, ni bañista de buen ver, ni mantecado bajo el toldo protector de la heladería... Si de verdad desea el lector conocer el auténtico símbolo del verano, su alfa y omega, su legítimo emblema o cabal alegoría, llévese hasta los labios con sed un limpio, transparente, samaritano vaso de agua fresca.

### X

**■ Mamá dando** las oportunas instrucciones momentos antes de la intervención de sus niñas en el programa televisivo de Bertín Osborne titulado *Esos locos bajitos*.

